

Reflejos

Revista del Departamento de Estudios Españoles y Latinoamericanos

Facultad de Humanidades, Universidad Hebrea de Jerusalén

Número 9, 2000-2001

Reseñas

- Judith B. Liwerant y Alicia G. de Backal (Coordinadoras): *Encuentro y Alteridad. Vida y cultura judía en América Latina*. Compilación de Hellen B. Soriano. México: UNAM, Universidad Hebrea de Jerusalén, Asociación Mexicana de Amigos de la Universidad de Tel Aviv y Fondo de Cultura Económica, 1999; 758 pp. (Leonardo Senkman)
- Jesús Díaz: *Dime algo sobre Cuba*. Madrid: Espasa Calpe, 1998; 261 pp. (Emilia Yulzari)
- Nancy Fernández: *Narraciones viajeras. César Aira y Juan José Saer*. Buenos Aires: Biblos, 2000. (María Coira)
- Mario Nascimbene: *El nacionalismo liberal y tradicionalista y la Argentina inmigratoria: Benjamin Villafane (h), 1916-1944*. Buenos Aires: Editorial Biblos, Fundación Simón Rodríguez, 1997. (Leonardo Senkman)
- Marta Oliveri: *Memoria del ángel caído*. Buenos Aires, Legasa, 1993. (Leonardo Senkman)
- María Silvina Persino: *Hacia una poética de la mirada. Mario Vargas Llosa, Juan Marsé, Elena Garro, Juan Goytisolo*. Buenos Aires: Corregidor, 1999, 189 pp. (Ruth N. Fine)
- Ariel Segal: *Jews of the Amazon. Self-Exile in Paradise*. Philadelphia: The Jewish Publication Society, 1999/5760. Ilustraciones, mapas, índice. 341 pp. (Frank Salomon)

pp. 153-165

Reseñas

Judith Bokser Liwerant y Alicia Gojman de Backal (Coordinadoras): *Encuentro y Alteridad. Vida y cultura judía en América Latina. Compilación de Hellen B. Soriano. México: UNAM, Universidad Hebrea de Jerusalén, Asociación Mexicana de Amigos de la Universidad de Tel Aviv y Fondo de Cultura Económica, 1999; 758 pp.*

Esta cuidada edición contiene las actas de la VIII Conferencia Internacional de Investigación de la Latin American Jewish Studies Association (LAJSA), que tuvo lugar en México en noviembre de 1995, con la participación de investigadores y académicos provenientes de sesenta universidades de todo el mundo. El voluminoso libro está dividido en ocho partes, correspondientes a las diferentes secciones temáticas de la Conferencia: Historia Colonial, Inmigración, Segunda Guerra Mundial, Identidad, Estudios Sociodemográficos, Literatura., Antisemitismo, Hombres, Instituciones y Fondos Nacionales.

La introducción, a cargo de Haim Avni, es un logrado intento de dimensionar en términos comparativos con otras comunidades judías (EE.UU., Canadá, Australia, Sudáfrica) tres aspectos fundamentales de la experiencia del judaísmo contemporáneo en América Latina: el problema de la legitimidad de su existencia colectiva, la diversidad de su composición etno-cultural y la ayuda de organizaciones judías internacionales en su constitución.

Las secciones más extensas son las dedicadas a Literatura (10 artículos), Inmigración (9), Segunda Guerra Mundial (7), 5 trabajos para las secciones de Identidad y Estudios Sociodemográficos y 4 en las de Antisemitismo e Historia Colonial. Ello revela que los temas relacionados con inmigración y la Segunda Guerra Mundial —sección incorporada para conmemorar los 50 años de finalizada la contienda bélica— suscitaron el mayor número de ponencias. Respecto de inmigración, Argentina y México fueron los países preferentemente elegidos por los investigadores, se-

guidos por Uruguay y Brasil. La novedad en los estudios inmigratorios son los bienvenidos abordajes regionales para el caso mexicano: "Proyecto de colonización judía frustrado en Tabasco", de Carlos Martínez Assad; "Los judíos en Morelia-Michoacán" de Maty Finkleman de Sommer y Rosa Lozowsky de Gervitz; "La comunidad judía de Guadalajara", de Cristina Gutiérrez Zúñiga. También se destacan los estudios comparativos entre judíos y otros grupos étnicos: "Armenios y judíos en el Once (Buenos Aires, 1919-1950)" de Nélide Bouldgourdjian y Diana L. Epstein; "Alemanes, judíos y judíos alemanes en el Uruguay de los años 1920 y 1939", de Dieter Schonebohm; y un estudio sobre adaptación de inmigrantes italianos judíos y otros exiliados italianos en Argentina a partir de 1938, de Arnd Schneider.

Los artículos de la sección Segunda Guerra Mundial aportan enfoques e información interesantes. El tema de la política oficial y las percepciones de los refugiados judíos antes, durante y luego de la Segunda Guerra Mundial mereció sendos trabajos para los casos argentino y mexicano, basados en fuentes primarias importantes y en documentación no conocida anteriormente. Daniel Feierstein y Miguel A. Galante, en "Percepciones de la Cancillería Argentina ante las políticas antijudías en Europa (1933-1945)", se proponen indagar cuál era el nivel de información de los diplomáticos argentinos en Europa sobre las políticas discriminatorias y genocidas, su nivel de precisión, y en qué medida influyeron en la toma de decisiones de la política exterior e inmigratoria respecto a los refugiados judíos. Basado en un exhaustivo análisis de fuentes de archivo del Ministerio de Relaciones Exteriores, los autores trabajaron sobre los informes diplomáticos de Alemania, Polonia, Bulgaria, Italia, Rumania, Hungría. Algunas conclusiones son importantes: los diplomáticos argentinos informaban acerca de las deportaciones "con rumbo desconocido" a partir de 1941; inclusive, el representante argentino en Berlín notificó a Cancillería sobre las deportaciones a Treblinka en junio de 1943 y también sobre la rebelión del gueto de Varsovia. A pesar de que los reclamos de amparo gestionados por ciudadanos argentinos fueron iniciados por los respectivos agentes

diplomáticos, los autores muestran que en la mayoría de los casos la Cancillería interponía excusas dilatorias o impugnaciones. Los casos de ayuda concreta fueron realizadas a pesar de los dictámenes oficiales, por iniciativa y tenacidad de diplomáticos como José Caballero, Encargado de Negocios en Bulgaria, o el Embajador Manuel Malbram en Italia.

Judith Bokser Liwerant, en "Alteridad en la historia y en la memoria: México y los refugiados judíos", introduce una categoría muy fecunda para abordar el análisis del discurso –público y oficial– sobre el rechazo a los refugiados judíos: la percepción de su alteridad como *outsiders* y extranjeros, esa condición de Otros inasimilables a ojos de la comunidad nacional mexicana. La autora también toma en cuenta los registros del judío como Otro peligroso por sus ideas, su etnicidad y su diferencia religioso-cultural. El artículo de Bokser Liwerant intenta con éxito rastrear la percepción y adscripción de otredad respecto de los extranjeros en general y los judíos en particular, analizando el discurso nacionalista de la política migratoria mexicana, la cual estaba basada en la construcción identitaria colectiva centrada en el mestizaje, que exigía la asimilación y fusión a la nacionalidad mexicana. Este consistente análisis se concentra primero en el sexenio del presidente Cárdenas, quien incorporó la etnicidad como criterio en su política migratoria y política exterior, analizando comparativamente las representaciones discursivas de la Secretaría de Gobernación –pero también de la opinión pública– respecto de los exiliados españoles y los refugiados judíos. Posteriormente, la autora estudia el cambio discursivo frente a la otredad del judío en el nuevo discurso del presidente Avila Camacho, alineado con los Aliados, y luego lo extiende a la declaración oficial del Canciller Torres Bodet para indagar en su percepción diferenciada y prejuiciosa, cuando compara a los inmigrantes árabes con los judíos con el fin de justificar el voto de abstención de México en la ONU sobre la Partición de Palestina. El ensayo de Bokser Liwerant culmina en la exploración de las transformaciones discursivas de políticos y opinión pública mexicana respecto a la alteridad judía, bien entrados los años '70.

El trabajo de Agustín Blanco Bazán ofrece un resumen del aporte de artistas musicales emigrados del Tercer Reich –la mayoría no judíos, y sin comparar con los casos de artistas judíos– al desarrollo de la música en Argentina. Son analizados especialmente los exiliados Fritz Busch, Erich Kleiber y Ljerko Spiller, y sus trabajos en el Teatro Colón, en orquestas de Buenos Aires y en el interior del país. A pesar de que casi no explora sus relaciones con otros artistas del exilio literario y teatral alemán (salvo una mención de Otto Erhard), el autor se detiene a explicar las dificultades que los mismos encontraron bajo el peronismo en los

años de la inmediata posguerra y su deseo de retorno, y provee además información de agentes del Reich que convivían con el *establishment* musical de Buenos Aires antes de la guerra y sobre las visitas a Buenos Aires de músicos comprometidos con el régimen nazi luego de finalizada la misma (Herbert von Karajan, Walter Gieseking, Wilhelm Furtwangler, este último boicoteado por Thomas Mann y Bruno Walter).

El artículo de Ignacio Klich "Documentos, desinformación y la llegada de nazis al Río de la Plata" es un buen ejercicio heurístico destinado a desacreditar interpretaciones demonizadoras que atribuyen responsabilidad a Perón en el ingreso masivo de criminales de guerra y nazis a la Argentina. Tomando como *case study* un memorándum de 1967 originado en la División de Asuntos Internacionales de la Policía Federal, que cobró sensacionalidad periodística, Klich demuestra la falsedad del documento. Del memorándum surge que el entonces Vicepresidente Perón habría aceptado la solicitud del embajador alemán Edmund Freiherr von Thermann de remitir "8.000 pasaportes y 11.000 documentos de identidad" en blanco para los fugitivos nazis, los cuales habrían llegado a manos del mismísimo Himmler en agosto de 1944, por intermediación del general von Leers, supuesto agregado militar alemán en Buenos Aires. Este documento fue utilizado, sin dudar de su autenticidad, en trabajos de divulgación por periodistas como Jorge Camarasa y Juan José Sebreli. El autor muestra que Perón no estaba aún en Buenos Aires en esa fecha, ya que sólo llegaría a la capital en marzo de 1942, y el embajador alemán fue llamado de vuelta a su país en diciembre de 1941, partiendo dos meses después. Asimismo, Klich demuestra que el general nazi von Leers, historiador, lingüista y uno de los propagandistas antijudíos del nacionalsocialismo, no era el agregado militar en los meses de las supuestas entrevistas del embajador von Thermann con el coronel Perón, porque arribaría a la Argentina en 1946 o 1950.

Una vez probada la falsificación, el artículo de Klich se detiene exactamente en el lugar en que la Comisión de Esclarecimiento de Actividades del Nazismo en la Argentina –del cual el autor fue coordinador académico– planteó la necesidad de investigar el tema del ingreso de criminales de guerra, nazis y colaboracionistas, con el rigor histórico y las evidencias documentales que emprenderán estudiosos nacionales e internacionales, luego de la apertura oficial de los archivos argentinos ordenados por el presidente Menem y el Canciller Di Tella.

Dos estudios sociodemográficos aportan perfiles socioeconómicos e información sobre naturalización de los judíos en los años '40 y '50. Luis Enrique Horán y David Sergio Placencia Bogarin contribuyen a rescatar el censo de 1949, realizado por

el Comité Central Israelita de México, como fuente para la historia demográfica de la comunidad. A pesar de que en su muestra sólo utilizan 195 registros, correspondientes a 413 hombres y 36 mujeres, el análisis de los cuestionarios de las cédulas censales (con apenas 12 variables que omiten preguntas fundamentales sobre fecha de nacimiento, familia de origen, religión, participación institucional, etc.) muestra un perfil de alto grado de naturalización (60,35% frente a 41,81% de los extranjeros en México), la concentración en actividades mayoritariamente comerciales (30,54%) y un porcentaje de 8,38% para empleados e industriales.

El estudio de Maritza Corrales Capestany sobre el comportamiento económico y espacial de los comerciantes e industriales judíos en La Habana es más amplio porque se extiende entre los años 1902 y 1959, y se basa en una gama mucho más rica de documentación estadística y censal y en directorios por ramo de actividad de la economía cubana y de otras fuentes cualitativas sobre los inmigrantes judíos.

El desarrollo del comercio ambulante de los judíos cubanos aportó sustancialmente a la modernización del circuito mercantil del país, que benefició a los sectores populares y medios, mostrando una capacidad de adaptación sorprendente de los inmigrantes judíos a las demandas del mercado nacional, que les permitió competir con los comerciantes españoles. La reforma arancelaria y la ley del 50% de mano de obra nacional ayudaron contradictoriamente tanto a la deproletarización como a la reinserción de los judíos en las nuevas manufacturas (calzado, artículos de punto, corbatas, etc.), al comercio integrado verticalmente y al desarrollo de un mercado interno cubano que desplazó paulatinamente la importación de productos europeos y norteamericanos. La autora estudia el *boom* de la posguerra y sus efectos modernizadores para el desarrollo económico de los judíos, en particular en el sector manufacturero de confecciones (que pasó del 24,3% al 51%), en el sector del comercio mayorista y el sorprendente crecimiento de las profesiones liberales que crecieron en tan sólo una generación del 14,6% al 56,7%, entre 1946 y 1959. Finalmente, la autora reconstruye, según ramos de ocupación y calles, la evolución socioespacial de la comunidad en La Habana Vieja, cuya concentración barrial ayudó a perfilar urbanamente a la colectividad a ojos de la sociedad general.

En la sección "Literatura" se destacan artículos sobre la condición judeofemenina de autoras latinoamericanas. Louis Baer Barr analiza el trayecto que va de *Balún Canán* de Rosario Castellanos a *La bobbe* de Sabina Berman; Judith Morganroth Schneider estudia las inscripciones de la otredad judeofemenina en las novelas de Alicia Steimberg y Rosa Nissan; Nora Glickman indaga sobre la trata de blancas en el cine

en base a cuatro films argentinos. Florinda F. Goldberg estudia la novela *Mujeres pudorosas* de la argentina Silvia Plager. En su conclusión, la autora resume lúcidamente el carácter transaccional entre la identidad judía, condición femenina y escritura: "Ser y no ser dueña de una identidad nacional y de una historia. Ser y no ser dueña del cuerpo. Ser dueña de la propia creación pero necesitar las formas establecidas y el estímulo externo y masculino para ponerla en práctica"

Por último, siguiendo este abordaje de género, no puede dejar de mencionarse la propuesta pionera de la historiadora Sandra McGee Deutsch, quien, en su artículo "Mujeres: La mitad olvidada de la historia de los judíos de Argentina", plantea la necesidad de contar la **otra narrativa** de las descendientes de los gauchos judíos, vista a través del mundo del trabajo hogareño, así como su incorporación a la fuerza laboral rural y urbana de los inmigrantes, su participación en la política, la educación, la propiedad, las profesiones liberales, las organizaciones femeninas de la colectividad, la cultura y el arte, el modo de vivir el ocio, el cortejo y el matrimonio. Una propuesta bienvenida de investigación, ya que el género –como la etnicidad, la religión y la cultura–, forma parte inescindible del modo en que se constituyó la identidad judía en los países latinoamericanos.

Libro plural, abarcativo, que despliega un registro temático y enfoques metodológicos muy variados, *Encuentro y Alteridad* es un texto de referencia imprescindible para conocer las nuevas y viejas líneas de investigación sobre la experiencia histórica y cultural de los judíos en América Latina, a pesar de que haya algunos artículos académicamente prescindibles.

Leonardo Senkman

Jesús Díaz: Dime algo sobre Cuba. Madrid: Espasa Calpe, 1998; 261 pp.

El nombre de Jesús Díaz (1941) resonó por primera vez en 1966, cuando aún muy joven, ganó uno de los premios cubanos más prestigiosos de entonces –el de Casa de las Américas– por su colección de relatos *Los años duros*. Su primera novela *Las iniciales de la tierra* (1987), después de ser prohibida durante doce años y editada en un corto lapso de "glasnost", fue proclamada "la nueva novela de la Revolución". Pero en 1991, tras amargas desilusiones ideológicas y silenciado nuevamente por la censura, Díaz emprendió el camino del exilio, donde en 1996 fundó en Madrid la revista *Encuentro de la cultura cubana*.

"Después de tres novelas intensamente dramáticas, Jesús Díaz parece haber pasado a la comedia", escribe Guelbenzu en *Encuentro* (1998, 11, p. 165). Pero, como anota el mismo autor más adelante, "nada es lo

que parece”, o sea el relato de Díaz se disfraza de una “comedia de errores” para enunciar, por medio del desconcierto personal del protagonista, la frustración ideológica del único país socialista de América. Muy pronto el lector empieza a notar que hay “demasiadas coincidencias”, como diría Genette, para que el relato corresponda a una verosimilitud inocentemente realista y que, a fin de cuentas, los alogismos y las situaciones paradójicas apuntan a la parodia, al absurdo y a la sátira, poniendo de manifiesto una crítica punzante de temple disfórico.

Por su estructura la novela se asemeja a una crónica de siete capítulos, correspondientes a siete días fechados (tal vez alusión a un análogo cosmogónico), de los cuales el séptimo capítulo, el del día del descanso –“Martes 28” (p. 261)– corresponde a una página en blanco y constituye así el final abierto del relato. El texto hace gala de un hábil juego entre el desenvolvimiento diegético y las rupturas espacio-temporales: los capítulos se inician *in medias res*, pero el desarrollo de la acción es supeditado a la progresión lineal que pasa de un capítulo a otro, entrecruzada por dichas rupturas.

El protagonista Stalin Martínez –personaje contradictorio y casi grotesco que suscita efecto irónico– aparece como prisionero voluntario en la azotea de su hermano en Miami, donde reconstruye “la inextricable suma de acontecimientos que lo habían conducido hasta allí” (p. 15). Las secuencias de carácter retrospectivo alternan con las del tiempo “real” de la trama: los recuerdos (muchas veces autoirónicos) y las introspecciones son interrumpidos con insistencia por la joven cubano-americana Miriam: “*Tell me something about Cuba*” (pp. 79, 119) o por su cuñada Cristina: “dime algo sobre Cuba” (p. 162).

Pero ¿acaso es fácil describir la realidad cubana después de treinta y cinco años de Revolución? (Recordemos que, intencionalmente o no, mientras que el tiempo “real” de la trama es 1994 [p. 108], las fechas dadas a los capítulos corresponden al año 1998, cuando fue escrita la novela). ¿Acaso “pudiera transmitir a alguien alguna vez la exasperante humillación que significaba ser cubano en Cuba” (p. 45)? ¿Cómo explicar que “aquello está muy malo pa’l que no tiene fulas”?; porque “en Cuba pagan los sueldos en pesos y venden las cosas en fulas” (p. 163). ¿Cómo justificar que “allá lo bueno es tener fe”, cuando ya en Cuba socialista “fe significa familiares en el extranjero, fulanos que te mandan fulas” (*ibid*).

La seriedad y la ironía, los hechos reales y los juegos de paradojas se entremezclan en un enmarañado ovillo, que se desenreda provocando ora la sonrisa nostálgica, ora la carcajada incrédula, ora la rabia justificada.

Las situaciones, que se vuelven paradójicas y por momentos lindan con el absurdo, se aceleran e inten-

sifican con el avance de la acción. El dentista Martínez debe su nombre a su padre comunista, igual que su hermano mayor Lenin y su hermana menor Stalina (demasiado para una sola familia); está casado con una mulata, quince años menor que él y de oficio cabaretera en el “Tropicana” (exagerado para cualquier cubano todavía machista, como lo es el protagonista); su hermano Lenin, que ocupaba una alta posición en la estructura gubernamental revolucionaria, inesperadamente (o tal vez otro fracaso del utópico **hombre nuevo**) se ha sumado al éxodo del *Mariel* a raíz de los sucesos en la Embajada del Perú (1980); una noche la vieja lancha descascarada, en la cual Stalin debe regresar a su casa, al otro lado de la bahía de La Habana, es secuestrada por tres jóvenes con el fin de escaparse a los Estados Unidos; se rompe el motor (una coincidencia poco probable) de la nave persecutora de Guardafronteras y la lancha logra seguir su camino; se halla en ella una mujer embarazada (otra circunstancia exagerada) que da a luz “en pleno viaje hacia la libertad” (p. 103); en Key West, Stalin no se atreve a pedir asilo político, pero se encuentra con su hermano Lenin/Leo; contra toda lógica regresa a Cuba, es recibido como un héroe, pero encuentra al amante de su mujer en su propia cama; le roban la bicicleta, regalo de su hermano, y los ladrones le fracturan los dedos; Stalin abandona a su mujer y se queda sin casa, pero el director del hospital, “como un premio al heroísmo de que había dado pruebas al resistir a los secuestradores, negarse a pedir asilo en Estados Unidos y regresar voluntariamente a Cuba” (p. 180), lo envía a un congreso en México; allí, tras no ser capaz de realizar una clase magistral de cirugía con láser, se conecta con un amante de su hermana y con la ayuda de éste pasa ilegalmente a los Estados Unidos, nada menos que en el maletero del coche de un policía gringo; llega por fin a casa de su hermano, se encierra en la azotea a tomar sol hasta parecer un balsero y sólo así –en la madrugada del séptimo día– finge una llegada en balsa para obtener asilo político.

La desproporción excesiva que se capta en el texto de Díaz desoculta una conciencia de la escrituralidad, patentizada por múltiples ejemplos de intertextualidad. Dichos ejemplos suscitan ironía y un *ethos* eminentemente disfórico con respecto del objeto ironizado. Así, la lancha secuestrada se denomina *Nuevo Amanecer*, símbolo correspondiente a la retórica socialista, que es también el nombre de una prisión de mujeres en Cuba; el comandante del barco persecutor de Guardafronteras se llama Abel Prieto, quien en la realidad es el actual Ministro de Cultura de Cuba; el caso del trasbordador *13 de Marzo*, cuya cubierta fue barrida con chorros de agua a presión y luego mandado al fondo del mar por una nave de Guardafronteras (p. 92), constituye un suceso real,

y esta ignominia del régimen cubano se contrapone implícitamente a un hecho heroico: el 13 de marzo de 1957 fue realizado el primer ataque al Palacio Presidencial por la Federación de estudiantes universitarios. La sátira se enfatiza en la consigna de los secuestradores “¡Miami o muerte!” (p. 91) – parodia de la revolucionaria “¡Patria o muerte!”. Pero hasta “aquella expresión, que en otro tiempo le resultaba tan familiar” (p. 178) se ha convertido en una parodia de sí misma:

¿Qué coño tenía que ver una cosa con otra, la patria con la muerte [...] Y sin embargo, en Cuba, la muerte siempre salía en la foto junto a la patria, la libertad o el socialismo, como si fuera el gran premio de un programa de televisión, la hembra espectacular que sólo se llevaría a la cama a los vencedores muertos en combate (*ibid.*).

El humor negro y la parodización se evidencian también en los burlescos juegos de palabras, debidos a veces al mal dominio del inglés y otras, al *spanglish* hablado en Miami. *I called her back* se convierte en “la llamaba pa’ atrás, por teléfono” (p. 162). La “black Cuban grandma” se convierte en *Granma* y el periódico de Castro, en *Abuelita*: “Ridículo, como el mismo dictador de cuya cárcel se ha escapado un nuevo ciudadano americano: ¡el feliz Clinton Epaminondas Echemendía!” (p. 104). Que una abuela cubana nombre a su nieto Clinton es ridículo, pero lo es más que otra abuela cubana, en Miami, amenace a su nieto americano con que “si se portaba mal, Castro iba a venir *one night* pa’ meterlo en un saco y llevárselo pa’ Cuba” (p. 161). Y cuando, debido a la barba, el sobrino americano de Martínez lo confunde con Castro, su mamá le tranquiliza: “*He is not Castro. He is your uncle Stalin, okey?*” (p. 189) – juego de nombres que, de no tener un trasfondo tan trágico, resultaría realmente cómico.

La autoconciencia disidente, que ya conocemos de otras obras cubanas escritas en el exilio, se explicita en los ejemplos de la desvalorización humana, causada por el fracaso económico e ideológico de la Revolución (el portero del Hotel Nacional es médico; Martínez, siendo dentista, tiene que trabajar como camarero, y su hermana, doctora en pedagogía, se hace *jinetera* para conseguir dólares y “para vivir como personas”, p. 65). La frustración ideológica conlleva a la crisis ontológica del actor protagónico (“a ver si así lograba entender a la suerte y sobre todo entenderse a sí mismo”, p. 15). Pero en el texto de Díaz, la amargura y hasta la furia aparecen siempre acompañadas por la ironía, por el tono burlesco, por el elemento lúdico. Y es este malicioso guiñar de ojo, tan cubano, el que permite vislumbrar, por encima de la frustración, el desengaño y la disforia, hasta en la última página en blanco, un rayo de esperanza.

Emilia Yulzari

Nancy Fernández: *Narraciones viajeras*. César Aira y Juan José Saer. Buenos Aires: Biblos, 2000.

1. El título

Después de haber leído el libro cuya presentación nos ocupa, volvemos al comienzo, es decir al título, *Narraciones viajeras*, y pensamos que se abre, al menos, a dos significaciones: si por una parte apunta hacia aquello de lo que habla, no menos cierto es que este título indica, asimismo, cómo el libro está escrito, cómo escribe Fernández sobre aquello que aborda. *Narraciones viajeras* tiene un subtítulo que explicita dos nombres propios de escritores argentinos contemporáneos: César Aira y Juan José Saer; en efecto, la autora selecciona una novela de cada uno de ellos como espacio de su trabajo crítico (*La fiebre*, en el caso de Aira y *El entonado*, en el de Saer). Se trata pues, de narraciones. Ahora bien, ¿qué cuentan estas narraciones? O mejor, ¿cuál es el recorte privilegiado por Nancy Fernández para articular su trabajo crítico? El motivo del viaje, aclara rápidamente la autora en la Presentación, “como operador de dos poéticas radicalmente distintas” (p. 13); y subraya la palabra “operador” para señalar que no quiere hacer una glosa acerca de cómo el viaje está referenciado en cada una de estas novelas sino que aspira a indagar acerca de sus procesos de escritura (precisamente, el énfasis puesto en la producción de escritura es, a su juicio, el punto de encuentro entre estas dos estéticas). Viajar y escribir aparecen, pues, como implicados, como dos cintas que se trenzan en la producción infinita de estos textos. No puedo evitar recordar, en este sentido, algo dicho por Piglia: “En definitiva no hay más que libros de viajes o historias policiales. Se narra un viaje o se narra un crimen. ¿Qué otra cosa se puede narrar?” (*Crítica y ficción*, Buenos Aires: Siglo Veinte, 1990).

Señalamos, entonces, que un modo de entender el título es el de decimos: vamos a leer un trabajo crítico acerca de dos novelas argentinas, una de Aira y otra de Saer, cuyo motivo es el viaje: el viaje que es narrado en cada una de ellas y el viaje que presuponemos la producción de sus escrituras. El otro aspecto que quiero destacar es el que atañe al modo en que este trabajo crítico está, a su vez, escrito: como narraciones de las lecturas que estas novelas provocan y como el propio viaje, o traslación, emprendido al poner estas lecturas por escrito. Así, la prosa crítica de Nancy Fernández tiende a discurrir; si su lenguaje es marcadamente metafórico no lo es menos metonímico; los procedimientos metafóricos no son los de la sustitución estática sino los que se constituyen en el desplazamiento que solamente el punto final podrá detener de algún modo. Son “narraciones viajeras”, también, pues, las que escriben sus lecturas críticas.

2. La escritura crítica

El lenguaje crítico, en este caso, muestra las huellas de estilo de los escritores que trata (en especial de Aira). Estas huellas a veces se hacen visibles en el empleo de ciertas palabras o frases, pero más interesantes me resultan las correlaciones y lo que podríamos llamar trasposiciones en la escritura crítica de lo que aparece tematizado en las novelas: lenguaje que discurre (corre) como una liebre y, a la hora de enfrentar ciertos desafíos o escollos que la opacidad textual pone a sus lecturas e interpretaciones, escucha, interroga e intenta traducir como si de una suerte de “colastiné” se tratara. Asimismo, exhibe las marcas de los teóricos y críticos con quienes abre diálogo, es decir, Deleuze, de Certeau, Derrida, Foucault, Lacan, Blanchot, por nombrar los más insistentes, así como los argentinos Rosa y Jitrik. Pero, si por una parte, este lenguaje crítico discurre, no menos cierto es que se halla, de manera casi permanente, interrumpido por las notas a pie de página. Esta condición nos invita a practicar, entre otras opciones, tres itinerarios de lectura diferentes: una, más obediente a las señalizaciones, nos hace ir de la página al pie de página (entonces prima el efecto de interrupción), otra es la de leer ignorando las notas (navegando ese fluir continuo aunque no siempre calmo del río de la escritura crítica que mencionamos antes), y la tercera podría ser la de leer “solamente” las notas al pie.

Puse en práctica estos recorridos y, desde ya, los efectos de lectura produjeron otros tantos textos, posibilitándome, además, observar más de cerca ciertas características de esta escritura crítica. Si la lectura continua del texto acentúa el contacto con esa prosa en desplazamiento, por momentos rítmica, cuyas repeticiones (a la manera de variaciones sobre un tema) y procesos de metaforización ya nombrados invocan la tantas veces criticada pero a su vez ineludible fórmula de Jakobson (proyectar el eje de la selección sobre el eje de la combinación) respecto de la función poética, la lectura de las notas al pie nos asoma a una prosa explicativa, a la manera de las reseñas bibliográficas que solemos hacer en el curso de nuestras investigaciones universitarias. Si en el cuerpo (¿principal?) del trabajo suele hacerse presente la primera persona, su uso es escaso y hasta raro en las notas al pie. Si en la primera de las textualidades nombradas las características dominantes de la escritura académica nos son escamoteadas (me refiero a que no se advierte la intención de explicar, de ejemplificar con citas textuales—que son pocas y aparecen cuando ya pasamos la mitad del libro—, no se intenta tanto demostrar como mostrar, ni se tiende a lograr una totalidad que anude en las conclusiones los cabos sueltos— más bien otros interrogantes son los que emergen), en la segunda, es decir, la de las notas, la voluntad de síntesis y la claridad expositiva acompañan a una

sintaxis que tiende al orden lógico y a la persecución de un rigor conceptual propio de los estudios académico-eruditos. Por eso, si en una zona se evita la glosa, en la otra prevalece la paráfrasis. Es en las notas, además, que aparece cierta pulsión, sino de totalidad, al menos de exhaustividad, a la manera de entradas a una suerte de enciclopedia o diccionario filosófico. Así, la frase “racionalismo cartesiano” nos conduce a un recorrido por las ideas desarrolladas por Descartes tanto en *Reglas para la conducción del espíritu* como en *Meditaciones metafísicas*: las reflexiones de Deleuze acerca de la lucha que Spinoza emprende contra la teoría cartesiana de las sustancias, por nombrar un solo caso. En fin, al mover nuestros ojos desde el cuerpo central hacia las notas, no solo pasamos de una letra mediana a otra pequeña y, a veces, de “arriba” hacia “abajo”, sino que, en especial, pasamos de uno a otro registro discursivo. Sin embargo—siempre hay un “pero”—, no todas son diferencias entre las dos zonas textuales marcadas: ambas comparten la poca predisposición a la incorporación de citas textuales, de las novelas, en un caso, y de los textos teóricos, en el otro.

3. La organización del texto

El texto está segmentado en once partes (sin contar los iniciales agradecimientos y la bibliografía final). Entre la primera entrada, “Presentación”, y la última, “A modo de conclusión”, el movimiento que se traza va, a mi criterio, desde la condensación hacia la expansión. Las problemáticas, intertextos teóricos e interrogantes más insistentes que generan el discurso crítico están todos puestos sobre la mesa en “Presentación” e “Introducción”, las dos primeras entradas al libro. Por su parte, en “El lugar de la crítica”, se expone, en rápidos pero precisos trazos, el estado de la cuestión en lo que hace a los trabajos realizados por los críticos literarios argentinos acerca de la producción de Saer y de Aira. A partir de ahí, las siguientes entradas despliegan y expanden los lugares de lectura: continuidad y acontecer, las genealogías del relato, paradoja *versus* representación, las marcas del olvido, la grafía de la historia, en una rápida e incompleta enumeración. Como ya señaláramos, por su parte, el intertexto teórico encuentra su expansión en las notas. Asimismo, “A modo de conclusión”, creo, no se llama así de manera gratuita; en verdad, el gesto crítico no concluye en el sentido de determinar y resolver sobre lo que se ha tratado, ni de deducir una verdad de otras que han sido demostradas, ni, tampoco, en el de finalizar una tarea o pretender convencer al lector de modo que no tenga qué responder; es “a modo de” que se tejen nuevas asociaciones, se toman otras obras de los autores, se convocan nuevos trabajos críticos, emergen ciertas reflexiones y, de repente, termina, si no la pregunta por los textos, el libro en sí.

4. Un juego serio, como sólo los niños saben hacer

De manera temprana, una imagen que Graciela Montaldo usa para hablar de este libro generó mi curiosidad: "Si nosotros pudiéramos imaginar el trabajo de una crítica como la que vamos a leer en este libro, no dudaríamos en identificarla con el de una niña que desarma una máquina y desparrama sus piezas alrededor" (nota de contratapa). No me resultaba difícil concordar rápidamente con la descripción del trabajo de Nancy Fernández como el de alguien que desmonta con minuciosidad los relatos que interroga; pero, ¿por qué una niña? Lejos de discrepar, estaba de acuerdo, pero sin saber por qué, lo que generó cierta inquietud que buscó restablecer, al menos en parte, cierta red de asociaciones. La primera convoca palabras de Noé Jitrik quien, al hablar de los modos de relación que la crítica instaura con su objeto, llama infantil al que quiere desmontarlo para ver cómo son sus mecanismos. Infantil, aclara Jitrik, en este contexto indica un tipo de relación y no un estadio de la crítica.¹ La segunda asociación es visual: la tapa de *Lógica del sentido* de Deleuze, con la imagen de la Alicia de Carroll. Ya hemos destacado el insistente diálogo que Nancy Fernández mantiene con este teórico. Al fin, llegaron a mí los ecos de ciertas frases y palabras dispersas en la escritura crítica de Fernández: "la algarabía de nietos y bisnietos" (23), "los secretos de lo grande y lo pequeño, lo gigantesco y la miniatura" (91), "las risas de los pequeños indios" (156), "Como si la ocurrencia de coser un vestido para una niña recién nacida desatara una alquimia de encantos pueriles y de hechizos malévolos, ya que en esa atmósfera solitaria la diminuta prenda, anuda y despliega el vaivén de la persecución" (177).² Quiero decir: más allá de que los textos trabajados susciten estas imágenes y descripciones, huelo cierta delectación, cierto pequeño goce en su escritura. Me gusta pensar que estas huellas hablan de lo serio que excluye lo solemne, de cierta ternura que no desdén el bistori (crítico); que nos muestran el trabajo de la crítica como un serio juego: el juego del artista y el juego del niño celebrados por Nietzsche, que nos ha brindado, a su vez, a Zarathustra, danzarán y ligero.

María Coira

Universidad Nacional de Mar del Plata

Mario Nascimbene: *El nacionalismo liberal y tradicionalista y la Argentina inmigratoria: Benjamín Villafañe (h), 1916-1944*. Buenos Aires: Editorial Biblos, Fundación Simón Rodríguez, 1997.

El meticuloso estudio social y de historia de las ideas que emprendió Mario Nascimbene sobre el pensamiento y propuestas políticas de Benjamin Villafañe (h), es una necesaria exploración en textos de intelectuales y políticos nacionalistas del nordeste argentino que hicieron la trayectoria del nacionalismo liberal al corporativismo proto-fascista de los tempranos años '40.

Filiado Villafañe en las concepciones de aquella derecha denominada por Nascimbene "explícitamente autoritaria" (representada por Carlos Ibarguren, Leopoldo Lugones, Manuel A. Fresco), el autor describe su vuelco ideológico desde la temprana militancia en el radicalismo, pasando por su antiliberalismo republicano, el rechazo al populismo irigoyenista, su decepción de la revolución de Félix Uriburu, hasta sus simpatías por una salida corporativista inspirada en el fascismo europeo.

Nacido en el clima de ideas liberales de la generación de 1880, la vida pública e intelectual de Villafañe (diputado nacional en 1920, gobernador de la provincia de Jujuy en 1924-1927 y senador nacional en 1938-1941) muestra la génesis y desarrollo de su revuelta contra los fundamentos de la democracia y los valores del liberalismo, que Nascimbene estudia a la luz del pánico que suscitaban los nuevos enemigos interiores y exteriores de la Nación: el comunismo, el imperialismo y los inmigrantes en Buenos Aires y las provincias del Litoral argentino, a quienes acusaba de descaracterizar a su patria. Nascimbene ubica el giro ideológico de Villafañe, convincentemente, a partir del triunfo de Yrigoyen, la Semana Trágica y el comienzo de la democracia de masas, a la que calificó de "chusmocracia" en el título de su libro de 1937.

Lo novedoso en el pensamiento derechista radical de Villafañe no radica en su elitismo aristocratizante, ni en su reacción contra la incorporación de los hijos de inmigrantes a los partidos políticos modernizadores, ni tampoco en su llamado al Ejército como la única institución salvadora de la Nación frente a los

1 En el trabajo inédito "Un resumen sobre la crítica", Noé Jitrik habla de al menos tres tipos de relación tramados por y en el discurso crítico respecto de su objeto: erótica, cuando la crítica pretende desnudar al objeto o fusionarse con él; medicinal, cuando la crítica quiere mejorar al objeto; infantil, en cuanto quiere desmontarlo para ver cómo son sus mecanismos (infantil aquí, aclara Jitrik es un tipo de relación y no un estado de la crítica). Este trabajo fue brindado por el autor durante el curso de un seminario de posgrado a su cargo, en la Facultad de Humanidades de la Universidad Nacional de Mar del Plata, en 1995.

2 Noto esta característica también en otro trabajo de Nancy Fernández; me refiero al artículo "Intermitencias reales: *Children's Corner* de Arturo Carrera", donde leemos "paisaje campestre lleno de secretos infantiles, [...] escandidos con perfumes silvestres y rarezas de gnomos", "vocecitas", entre otros.

peligros del liberalismo. A diferencia del nacionalismo católico de otros pensadores de la derecha, su adhesión al corporativismo militar de la revolución de 1943 careció del espíritu de cruzada cristiana regeneradora de la sociedad civil argentina. Los fundamentos de la identidad nacional de Villafañe se inspiraban, por una parte, en una mezcla de telurismo patrio y religiosidad popular regional de las provincias del nordeste, en que descollaba su reivindicación de las etnias indígenas y la cultura quechua, y por la otra, en la exaltación del criollo como componente de la futura raza argentina, moldeado bajo el influjo del paisaje provincial, no contaminado por la metrópolis moderna. A pesar de su adhesión a la revolución de 1943 que dio origen al peronismo, Villafañe se alejó de ella por su desconfianza patricia hacia las masas. Este fue el motivo principal de su total incapacidad de aplicar algunas ideas de política social durante años anteriores, cuando otros conservadores de la derecha protofascista, como Manuel Fresco, lo intentaron mediante la política populista de movilización.

Nascimbene muestra que, ni bien instaurada la revolución de junio, las ideas corporativistas de su último libro *El destino de Sud América* (1944) no influyeron en los nuevos actores sociales, precisamente porque todo su pensamiento de derecha —a pesar de que reconocía el derecho a la violencia para terminar con el viejo orden liberal— se parapetaba en la concepción de un Estado militar autoritario, pero sin el riesgo de una apertura a la participación de los sectores populares en la política y la ciudadanía. Sin embargo, si no llama la atención el virulento sentimiento antinorteamericano del autor ante las amenazas de Cordell Hall de aplicar sanciones para obligar a la Argentina a declarar la guerra al Eje, resulta interesante que un conservador antimodernista como Villafañe haya exigido en 1944 la adopción de medidas industrializadoras para el país, según el modelo del Brasil bajo la dictadura de Vargas.

De lectura amena, y con categorías claras para dar cuenta de las ideas políticas, sociales y doctrinarias de la época, el libro de Nascimbene ofrece además en la parte final un valioso apéndice documental, con textos seleccionados de las principales obras de este nacionalista casi olvidado por la historiografía del nacionalismo argentino.

Leonardo Senkman

Marta Oliveri: *Memoria del ángel caído*. Buenos Aires, Legasa, 1993.

A partir del retorno a la democracia en 1983, la narrativa argentina se halla abocada a la producción de creaciones significativas sobre los años del terror de estado y violación de los derechos humanos durante la última dictadura militar. Algunos escritores

—como Tununa Mercado en su excelente *En estado de memoria* (1990)— intentaron afrontar el riesgo de escribir sobre ese dolor acudiendo a la memoria colectiva y familiar, para testimoniar los límites de las posibilidades de narrar el exilio exterior e interior. La novela de Marta Oliveri es una lograda excepción, que lamentablemente la crítica ignoró casi completamente.

La voz narrativa de Marcia va hilvanando los años despiadados a través del diario poético-onírico de su amiga Ana, cuyos escritos dispersos reúne después de su muerte. Nieta de un poeta húngaro que sobrevivió a Buchenwald y encontró refugio en Buenos Aires, Ana sobrevive a la muerte de su querido abuelo, que coincide con el golpe militar de 1976, y también sobrevive a la dictadura. Sin embargo, en los primeros años de la vuelta a la democracia Ana se muere de tristeza porque no soporta vivir en la banalidad y en la amnesia social legitimada por la amnistía gubernamental a los perpetradores de la represión. Ana se autoexcluye de la historia nacional reciente, y resiste a la sofocante cotidianeidad atendiendo sólo a la voz de la memoria familiar y a su deseo femenino. No sólo ha heredado de su abuelo Shandor sensibilidad poética y sed de absoluto, sino la profunda fatalidad de acudir a la memoria colectiva. Condenada a recordar, Ana ostenta el pasado como un estigma invisible al que llama “señal de Sinclair”, metonimia del número tatuado en el brazo del abuelo. Esa cifra del condenado que regresó de la Shoah la acompañará al narrar la imposibilidad de dar testimonio sobre el genocidio argentino, pero también la de sobrevivirlo en su ciudad recuperada en la democracia. El abuelo es la única figura masculina de carne y hueso entre los personajes de la novela, y, a diferencia de su padre fracasado, “sin interés, sin tragedia” (p. 108), es el único ser con un mundo interior capaz de legar un destino a su descendencia. La nieta hereda de él su sentimiento de destierro y la noción de que la única patria en el mundo es la escritura. Desde niña se hizo cargo del dolor de sus relatos, mientras la madre prefería no recordarlos. Hasta los años de las desapariciones en Argentina, supo que de aquel pasado no tenía sino apenas un relato, pero desde entonces comprendió que ese relato era “la distancia exacta que se necesita para hacer de él algo más íntimo que su historia concreta, la distancia exacta que se necesita para hacerse cargo de la herida” (p. 109). Precisamente, el acto generador de la narración de Oliveri es ese “algo más íntimo” del relato del abuelo, que la memoria e imaginación de la nieta transforman en “algo aún más original que sus primeros recuerdos infantiles” (p. 181).

La narradora no se propone hacer un símil entre la Shoah y los años siniestros de las desapariciones en Buenos Aires. A pesar de la centralidad del recuer-

do de la represión militar, *Memorias del ángel caído* narra fundamentalmente el exilio interior y la caída en la Buenos Aires frívola y amnésica de los '80. Ana no puede soportar la vida sencilla y banal de su madre: para sobrevivir luego del desastre, ella precisa del estado de pasión, hermano gemelo del estado de memoria. Le asaltan fantasías apocalípticas y también la voluntad nietzscheana de destruir. Intentará sobrevivir, al modo de Abraxas, con el impulso bestial de la pasión para enfrentar tanta puerilidad. Pero, a diferencia de su amiga Vex, fracasa en organizar su vida conforme a los caprichos del deseo. Sobre todo fracasará su intento de hallar consuelo en el acto de escribir fuera de los circuitos editoriales. A diferencia del abuelo que nunca renuncia a su intento de escribir sobre el horror del universo concentracionario –“El arte no traiciona, Aniuska, sólo el arte es fiel, porque es la única Patria que la humanidad dejó para la inocencia” (p. 180)–, la nieta está incapacitada de hacerlo porque sobrevive en una ciudad que se negaba a reconocer que en sus calles caminaba la gente “entre cenizas” (p. 131), y porque sentía no tener derecho “a crear imágenes de supuesta belleza si no podés hacer belleza en nada de lo que te rodea” (p. 131).

El capítulo “Los inmolados” se abre con un epígrafe de Paul Celan, metáfora de la imposibilidad misma de escribir sobre la Shoah, a pesar de que el abuelo Shandor lo intente. Muy significativamente, el capítulo se cierra con el relato del fracaso de Juanjo, un joven secuestrado que procura infructuosamente escribir en su diario personal sobre el genocidio argentino.

He caminado entre cenizas y aquellas siluetas sin rostro, dibujadas sobre los muros que rodeaban la plaza. No hemos sido mártires, no hemos sido héroes, nadie dio testimonio. Hemos sido una ilusión de nosotros, el recuerdo de un espíritu cansado de rebeldes... Las últimas palabras no la tienen más que los muertos. (p. 188)

Literatura de sobrevivientes, la novela de Marta Oliveri narra precisamente la imposibilidad de dar testimonio con palabras, tanto de aquellos que atravesaron la muerte y se salvaron, como de quienes no la conocieron directamente pero perdieron a los seres queridos. Ambos tienen en común no el silencio, sino la impotencia del lenguaje para contar lo inenarrable e impensable. Sólo los muertos guardan el habla de lo indecible. Los sobrevivientes apenas logran balbucear las palabras que lo nombran, y, como Ana o su amigo, expresan el malestar a través de una escritura en la que percibimos la imposibilidad de comprender ese dolor, y la conciencia de esa imposibilidad. Ana interroga a ese límite de la nada, más allá de la palabra desvanecida, mediante la escritura poética que brota de la memoria, aunque nunca creyó poder hacer literatura con los materiales de la memoria. Ana

quiso dar testimonio del silencio con su muerte. Se fue acompañada de la memoria colectiva, a pesar de que dejó a su amiga Marcia con la ilusión de que “toda memoria individual es poética y más poderosa que el mayor de los mitos colectivos, aun para hablar sobre las ruinas” (p. 177). Hasta último momento Ana reaccionó contra los “pequeños hombres” (p. 221), los intelectuales posmodernistas que intentaban matar “a la memoria efectiva” (p. 209); incluso creyó oír en algunos de ellos “el sentido real de la impunidad y el retorno de lo familiar: una memoria colectiva se repetía, sus ancestros hablaban por ella” (p. 221).

El libro de Marta Oliveri se hilvana también con los fragmentos de la memoria de otras escrituras, desde el monólogo de Molly Bloom de Joyce y el *Demián* de Hesse a *Textos de sombras* de Pizarnik y *El cuaderno de tapas azules* de Marechal, además de textos de Celan, *Nunca Más* y la Biblia. Ante todo, el cuerpo de la escritura abierta de la novela es un cuerpo-testigo donde están estampados los nombres de los muertos queridos, “larga lista de nombres como si durante todos esos años se hubiera ocupado de no perder ninguno” (p. 245).

Memoria del ángel caído se lee como un conmovedor *in memoriam* de los despojados de la muerte propia cuyo duelo aún no hizo la narrativa argentina, al recordar a todos a través de “la gran metáfora de Dios arrojando a un ángel”. En este poético epílogo-epitafio, el lector cobra conciencia del milagro logrado por la palabra de Marta Oliveri: hacernos ver los rostros y leer todos aquellos nombres de Buchenwald que no recordaba el abuelo Shandor, juntos a aquellos nombres de El Vesubio que tampoco pudo escribir su amigo Juanjo.

Leonardo Senkman

María Silvina Persino: *Hacia una poética de la mirada*. Mario Vargas Llosa, Juan Marsé, Elena Garro, Juan Goytisolo. Buenos Aires: Corregidor, 1999, 189 pp.

La mirada –su fuerza, alcance y efectos– han ocupado un lugar central en mitos, leyendas y relatos, desde la antigüedad hasta nuestros días. Así, por ejemplo, el episodio bíblico de la aciaga mirada de la mujer de Lot o el mito griego de Diana y Acteón, paradigmáticos en cuanto al castigo impartido a la mirada transgresora. *Hacia una poética de la mirada* investiga el rol que cumple la mirada en la ficción narrativa, un terreno escasamente transitado hasta el momento por la crítica literaria. Dicha indagación se estructura a partir de tres ejes básicos: el primero de ellos se interroga acerca del poder ejercido por la visión, el segundo examina su acción transgresora, en tanto que el último explora su eficacia como vehículo

de conocimiento. Los textos de la literatura iberoamericana elegidos para el análisis otorgan un sitio de privilegio a la mirada y, a su vez, su estudio resulta iluminador de nuevos aspectos en la captación de los textos mismos, los cuales, como anticipa Persino, conforman una progresión teórica y temática, fundada en el orden en el cual aparecen presentados. El corpus bibliográfico consultado, si bien heterogéneo –como fuera anticipado por la autora– es amplio, actualizado y siempre pertinente.

El libro consta de una introducción, cuatro capítulos, una sección de cierre, referencias biobibliográficas sobre los autores, una bibliografía general e índice. El capítulo inicial, dedicado al libro de Vargas Llosa *El elogio de la madrastra*, constituye un intento logrado de revalorizar el texto del autor peruano, considerado, por parte de los investigadores, como una obra poco meritoria y lindante en lo pornográfico, en tanto que otra parte del discurso crítico ha realizado un excesivo planteo apologético respecto de dicha novela. El estudio de Persino la ubica de modo convincente en el terreno de la parodia, revelando la complejidad de mecanismos textuales puestos en funcionamiento, fundamentalmente la convivencia e interrelación del discurso visual con un discurso verbal plurivalente. Para ello, se comienza destacando la centralidad del elemento *voyeurista* en la literatura erótica, en general, y en el texto de Vargas Llosa, de modo específico. En tal contexto, resulta de sumo interés el análisis de las seis reproducciones pictóricas incluidas en dicho libro, las cuales son interpretadas como parte integral del texto y no como meras ilustraciones o añadidos. El diálogo que establecen entre sí, y con el discurso verbal propiamente dicho, nos abre un caudal de significaciones. Según la autora, el texto presenta una sofisticada elaboración del acto *voyeurista*, en cuyo horizonte el lector puede también reconocerse como contemplador –*voyeur de voyeur*– configurándose, así, un movimiento de significaciones que diseñan asociativamente un espiral. De este modo, se señala que, en *El elogio de la madrastra*, las escenas *voyeuristas* pasan a ser construcciones en abismo del proceso de lectura que el texto propone. El análisis de Persino logra, a mi juicio, demostrar la pertenencia de esta novela a la literatura erótica, al tiempo que la revela como un texto que asume una distancia paródica respecto de su modelo genérico.

162 *Si te dicen que caí*, del autor catalán Juan Marsé, es el texto analizado en el segundo capítulo. La lectura realizada, si bien se centra en la importancia de la escena *voyeurista* en el libro, tiene también en cuenta los elementos metaficcionales presentes en el mismo, especialmente el relacionado con lo teatral, así como también el trasfondo sociopolítico al que se hace referencia: la miseria a la que se ven sometidos grupos de niños en la posguerra española. Persino

comienza estableciendo en su análisis un eje interpretativo básico, que se proyectará en el examen de los textos posteriores: el valor epistemológico de la mirada. En el caso de este texto de Marsé, la autora transita el enfoque freudiano, según el cual habría una relación íntima entre la observación del cuerpo y la expectativa de conocimiento; este deseo de saber sería, asimismo, según Freud, una sublimación del deseo de dominar. En relación a ello, se demuestra la tensión existente en el texto analizado, provocada por el afán de encontrar las claves escondidas en el cuerpo de la protagonista, Aurora, al tiempo que se fundamenta la visión transgresora subyacente en la obra de Marsé, a partir de la fusión sacrílega de lo religioso y de lo sexual. En las numerosas escenas de transgresión visual, el análisis comprueba cómo el lector es colocado en el rol de cómplice. La autora concluye el capítulo con una iluminadora mención de los paralelismos y diferencias del texto de Marsé con el inevitable referente griego –el mito de Acteón y Diana–, comparación que pone de relieve el eje de desplazamiento que rige en el texto del autor catalán, el cual refuerza la perturbadora inversión de la justicia divina allí inscripta.

El tercer capítulo –“La mirada vigilante”– nos introduce en la obra de Elena Garro, una autora que, tal como lo afirma Persino, ha sido objeto de escasos estudios críticos, los cuales se han centrado, fundamentalmente, en cuestiones de periodización y de autobiografismo. El análisis del libro tiene el mérito de rescatar aspectos valiosos de la obra de Garro menos tenidos en cuenta, desvinculando el análisis de las proyecciones biográficas excesivamente atendidas por los críticos hasta el presente. Los textos de la escritora mexicana elegidos para el análisis pertenecen todos a lo que se considera la segunda parte de su producción y son: *Andamos huyendo Lola*, *Reencuentro de personajes* y *Testimonios sobre Mariana*.

La perspectiva analítica asumida toma como punto de partida la centralidad de la obsesión persecutoria en las narrativas estudiadas, de la cual son víctimas todas las protagonistas femeninas. Persino enlaza acertadamente dicha obsesión con la angustia de ser observado, es decir, desarrolla la articulación de la persecución con lo visual. En tal sentido, es de primordial interés el abordaje de la crítica respecto del concepto de focalización en narrativa, al cual se estima como “una metáfora basada en una concepción de mundo que considera la mirada un vehículo de conocimiento” (p. 105). De especial interés resulta también, en mi opinión, la relación que Persino establece entre panoptismo y *voyeurismo*, a partir del análisis de la construcción narrativa de *Testimonios sobre Mariana*, que ejemplificaría dichos conceptos, en principio contrastantes: por una parte, lo panóptico como eficacia del control basada en la posibilidad

permanente de la vigilancia; por la otra, el *voyeurismo*, en el cual se oculta la condición ilícita de la mirada. La autora enfatiza, finalmente, el fracaso epistemológico de ambos en el texto de Garro: la mirada que pretende vigilar y someter no logra conocer el mundo interior de la protagonista. Otro de los aspectos meritorios del análisis de Persino consiste en poner de manifiesto que cada una de las obras estudiadas cobra mayor sentido si es percibida en el contexto de las otras, mostrando, además, cómo *Testimonios sobre Mariana* logra precisar o resolver las problemáticas planteadas por los otros dos textos.

El cuarto y último capítulo nos remite a la obra del autor español Juan Goytisolo, específicamente al libro de 1966, *Señas de identidad*, el cual inaugura la trilogía que tiene como protagonista a Alvaro Mendiola, la que es estimada por nuestra autora como la apertura de “lo que será un feroz ataque a los valores encarnados en el proyecto nacionalista español, llevado a cabo a través del desmoronamiento del lenguaje y las estructuras narrativas tradicionales” (p. 132). La lectura visual de este texto de Goytisolo lo capta como una búsqueda por parte del protagonista de sus marcas de identidad, búsqueda articulada a partir de una mirada introspectiva y retrospectiva, de un alcance no sólo perceptivo sino también emotivo e intelectual. El punto de partida será, nuevamente, la posibilidad de la observación como medio de conocimiento. Persino focaliza el modo en que la captación visual se inserta en la estructura narratológica del libro, proyectándose al nivel metanarrativo (la búsqueda del protagonista duplicando la del autor en la escritura del texto), al tiempo que se destacan aspectos de denuncia de aquello que no se deja ver y es perseguido, por ejemplo, por la censura española del período. De especial relevancia resulta la relación establecida entre la figura de Alvaro y la de Jeffries, protagonista de la película de Hitchcock, *La ventana indiscreta*, ambos como espectadores cinematográficos que comparten una actitud *voyeurista*, la cual se proyectaría autorreflexivamente hacia la actitud del lector virtual. A lo largo de su análisis, la crítica logra establecer el doble juego de aceptación y cuestionamiento de la mirada como vehículo de conocimiento, presente en el texto de Goytisolo, destacando, asimismo, la utilización (y subversión) de técnicas tradicionales puestas al servicio de dicho objetivo. Finalmente, el texto es captado como una deconstrucción de la historia personal, familiar y nacional realizada por Mendiola, lo cual abrirá la posibilidad de escritura de una nueva historia, en las dos obras siguientes de la trilogía.

La breve sección que cierra el libro de Persino se inserta en el debate crítico poscolonialista actual, acerca de la significación de la oposición visibilidad/invisibilidad, para destacar –tomando siempre

como ejemplo las obras analizadas– la relatividad de una valoración negativa o positiva respecto de dicha oposición.

El libro de María Silvina Persino constituye un novedoso e importante aporte a la construcción de la poética de lo visual y de los modos de representación de la mirada. Al mismo tiempo que nos pone en contacto de modo lúcido con los discursos visuales presentes en las obras de la literatura iberoamericana estudiadas, construye un sólido aparato crítico, nutrido del contacto con los diferentes modos de representación visual, enriqueciendo así el discurso crítico narrativo desde un ángulo pertinente y escasamente transitado hasta el momento. Finalmente, es posible afirmar que el libro ofrece una mirada cautivante y, a la vez, una reflexión seria y enriquecedora en el campo de lo visual, constituyéndose así en un texto imprescindible para la poética de la lectura y la crítica literaria.

Ruth N. Fine

Ariel Segal: *Jews of the Amazon. Self-Exile in Paradise*. Philadelphia: The Jewish Publication Society, 1999/5760. Ilustraciones, mapas, índice. 341 pp.

Poco conocido es el hecho de que la zona de extracción del caucho amazónico en el siglo XIX tuvo un componente judío. Durante la década de 1880 el endurecimiento del estado de Marruecos frente a su población sefardita hizo que numerosos mercaderes judíos vinculados con el polo industrial de Manchester optaran por un éxodo desde Fez, Rabat, y Tetuán, rumbo a Belém do Pará y Manaus (Brasil), Leticia (Colombia), e Iquitos (Perú). Al lado de la notoria empresa Arana, rápidamente se formaron casas comerciales como la empresa Khan (sic), Israel y Cía, surtidores de comida, licores e implementos para los jeringueros, y exportadores de caucho. Este libro se concentra en Iquitos. Allí una pequeña colonia judía experimentó esa curiosa miniatura de la *belle époque* europea que se produjo dentro de la selva suramericana, y que tiene por monumento el grandioso edificio de la ópera en Manaus. Iquitos también tuvo su momento de gloria; en 1900, se construyó allí una “casa de acero” diseñada nada menos que por A. Gustave Eiffel. Mientras la colonia judía participaba del *boom*, tampoco le faltó impulso para organizar la vida comunitaria. Iquitos llegó a tener una Asociación de Beneficencia Israelita que se ligaba con la Alliance Israélite Universelle.

Pero después de la caída de precios del caucho (1911), la decreciente minoría judía de Iquitos quedó casi enteramente olvidada, no solo por la diáspora en

general, sino por la pequeña pero bien organizada comunidad judía de Lima. En medio de un ambiente de abandono y decadencia económica, nació una cultura que Segal denomina "mestizo-judía". Sus hijos de segunda y tercera generación fueron "descubiertos" por periodistas limeños, notablemente a partir de 1965, cuando la primera presidencia de Fernando Belaúnde Terry nuevamente fomentaba la "colonización" de los territorios selváticos. Las relaciones entre los hijos de los caucheros y la comunidad judía capitalina se estrecharon hacia finales del siglo XX. El rabino conservador Guillermo Bronstein y otros simpatizantes diseñaron un plan para realizar la *aliah* (inmigración a Israel) colectiva que la población iquitana anhelaba cada vez más. Su plan no se pudo realizar cabalmente. Pero sí existen israelíes originados en la selva peruana; una foto de tres hermanos iquitanos ahora radicados en Beersheva figura entre las ilustraciones.

La mayor parte de los iquitanos que se autoidentifican como judíos nacieron de madres no judías. Pero al hablar del mestizaje judío, Segal no se limita a lo que se llama localmente el "cruce de razas". Se refiere además a un "sincretismo" cultural dentro del cual los ritos judíos se combinan con elementos fundamentales del culto católico, como son el bautizo, matrimonio eclesiástico, etc. Dentro de la red social "mestizo-judía", ciertos líderes, por ejemplo Víctor Ederly Morales, quien influyó mucho en Segal, se distancian del cristianismo, pero la mayoría practica el judaísmo como variante de una cultura mestizo-peruana generalizada (además con pálidos rasgos indígenas). En cuanto al cristianismo y al judaísmo, los iquitanos perciben poco o ningún conflicto dogmático. Como los millones de peruanos andinos que practican los sacramentos y además adoran los cerros deificados, se sienten herederos de un catolicismo que forma el tejido común de la sociedad, y, adicionalmente, de ciertas costumbres y creencias opcionales, peculiares. Un iquitano prefiere no comer chanchito "porque no es la carne adecuada para la cena de Cristo, la noche cuando Cristo compartió con sus discípulos la última cena" (p. 85). Otro enciende las velas de *kabalat shabat* (víspera del sábado), a la vez que baila en honor de San Martín de Porres, un santo con rasgos africanos, cuyo culto tiene connotaciones de nacionalidad peruana (p. 84). Algunos creen que "los judíos dominan el mundo" y que por eso sus vecinos antisemitas les tienen envidia (p. 114), pero en realidad el antisemitismo jamás ha tenido auge en la región iquitana.

El autor, Ariel Segal, venezolano de nacimiento, está ahora radicado en Israel. Es Ph.D. de la Universidad de Miami, radioperiodista y profesor. Desafortunadamente, el elemento periodístico predomina en ciertos aspectos del libro. El Dr. Segal, asesorado por

el distinguido historiador Robert M. Levine, seguramente sabe que la imagen de las "vastas selvas donde la fantasía y la realidad se confunden como se confunden las corrientes torrenciales del Río Amazonas" (p. 9) no es sino un vulgar estereotipo vendible. Influido por ciertos etnógrafos, Segal insiste en exponer fantasías y confesiones cuyo contexto adecuado sería un ensayo autobiográfico. Consciente del problema, Segal mismo reproduce en las notas (p. 314) el sensato consejo de un colega que en vano le amonestó contra tales excesos.

De este modo, no se puede decir que *Jews of the Amazon* resulte ser el estudio sólido histórico-etnográfico, en todo sentido, que pudo haber sido. Pero en un tema particular, resulta maravillosamente sugerente. Me refiero a las meditaciones de Segal sobre el "marranismo".

Inspirado por el libro de Elaine Marks, *Marrano as Metaphor: The Jewish Presence in French Writing* (New York: Columbia University Press, 1996), y por Alain Finkielkraut (*Le juif imaginaire*, Paris: Seuil, 1980), Segal propone incluir bajo la rúbrica del marranismo no sólo a los cripto-judíos de la Iberia y la Iberoamérica, sino a todos los pueblos que poseen "una identidad sincrética que incorpora el judaísmo". Para él, los judíos vistos como dudosos o aun inauténticos por las autoridades rabínicas son portadores de una cultura que merece el reconocimiento como integrante de la historia judía moderna. Porque a fin de cuentas, ¿cuál corriente es la "mainstream"? Los doscientos iquitanos autoidentificados como judíos no sólo son más representativos de la cultura peruana que los dos mil judíos limeños, grupo fuertemente apegado a la privilegiada minoría "blanca", sino que también son similares a los millones de judíos a nivel mundial que no son constantes, ni consistentes, ni exclusivos en su observancia de las normas halájicas. Para Segal, esta condición no debe tildarse de marginal. A su modo de ver, los iquitanos gozan de la "admirable levedad del ser judío" (p. 110) donde, por cualquier accidente histórico, los exclusivismos confessionales no se internalizan como componentes de la identidad.

La literata Marks ve en personajes como Marx, Heine, Freud, Rosa Luxemburg, Arendt y Derrida a "los cripto-judíos de la modernidad". Detecta en ellos un destino histórico tan auténticamente judío como el de los religiosamente estrictos. Quizás se podría ello caracterizar como un exo-judaísmo, que desarrolla la dinámica de la tradición dirigiéndola hacia afuera y no hacia adentro. Segal simpatiza con la mentalidad que desea relacionar múltiples culturas dentro de una identidad judía, aunque en Iquitos el fenómeno se da a nivel de cultura popular y no de programa intelectual. Para Segal se trata de un estudio de caso importante para aclarar un tema de

nuestros días: el cuestionar la relativa importancia de los centros y las periferias, y enfocarnos en las fronteras o zonas de transición. Porque en nuestros días no es realista caracterizar a la gente como si estuviera encasillada dentro de “una” cultura. Se trata, más bien, de ver la práctica cultural de cada persona, así como de todo grupo, como un continuo traspasar de múltiples fronteras, ya sean espaciales, contextuales o temporales.

Sobre estas cuestiones, el lector querrá pensar largamente. Por un lado, la idea de un “marranismo genérico”, sin miras a la clandestinidad forzada, corre el peligro de diluir el concepto del judaísmo hasta dejarlo amorfo. Podríamos terminar borrando la importante distinción entre una vida que es heterodoxa porque interroga al judaísmo –por razones de clandestinidad, de racionalismo, o cualquier otra– y una vida “levemente” judía porque integra el judaísmo como un flujo cultural más. Habrá quienes vean en la “levedad” algo quizás admirable, pero incompatible con la continuidad del judaísmo. El mismo Segal concede que el “marranismo” casual milita contra la coalescencia de un pueblo judío-amazónico: a pesar

de que los iquitanos vivan “obsesionados” por la idea de su diferencia, “los esfuerzos de los ‘mestizos judíos’ para distinguirse de los demás grupos étnicos en el ambiente culturalmente homogéneo de la sociedad iquitana están condenados al fracaso” (p. 231).

Y sin embargo la versión iquitana es... simpática. Una política cultural fundada únicamente en la gravedad de la tradición resulta sofocante. Los judíos “leves” aportan valores importantes: la apertura, la solidaridad trans-étnica, el experimentalismo, el sentido lúdico de la cultura. Aunque la “levedad” no sea capaz a la larga de sostener la existencia de un pueblo judío, el hecho de que nazca y siga naciendo en los intersticios entre pueblo y pueblo contribuye a la vitalidad del pueblo judío. En estas fronteras no sólo se pierden judíos, también se atraen judíos, o se despiertan de su alienación. Segal merece la gratitud de los lectores por haber descubierto en las aparentes periferias del mundo judío temas que al final son perfectamente centrales dondequiera que existan judíos indecisos, ocasionales, o eclécticos.

Frank Salomon

University of Wisconsin-Madison

